

Investigar la experiencia educativa

José CONTRERAS DOMINGO

y

Nuria PÉREZ DE LARA FERRÉ (Comps.)

CAPÍTULO II

Herido de realidad y en busca de realidad. Notas sobre los lenguajes de la experiencia

Por Jorge LARROSA BONDÍA

Universidad de Barcelona

*Eso es sólo lo que hoy podemos decirte,
lo que no somos, lo que no queremos.*

Eugenio MONTALE.

*Pero qué
pero cómo
pero de qué otro modo
con qué cara
seguir vivo
seguir.*

Idea VILARIÑO.

*Hay sólo cada uno de nosotros como un sótano.
Hay sólo una ventana cerrada, y todo el mundo afuera:
y un sueño de lo que se podría ver si la ventana se abriese,
que nunca es lo que se ve cuando se abre la ventana.*

Fernando Pessoa.

Con qué cara

El no y el quizás

La palabra "experiencia" nos ha servido, a muchos de nosotros, para elaborar una distancia respecto a lo que podríamos llamar "el orden del discurso pedagógico", ese orden que está hecho de modos de decir y de pensar (y de mirar y de escuchar, y de leer y de escribir, y de hacer y de querer) en los que no podemos reconocernos. La palabra "experiencia" nos ha servido, y nos sirve, para situarnos en un lugar, o en una intemperie, desde la que decir no: lo que no somos, lo que no queremos. Pero nos ha servido también para afirmar nuestras ganas de vivir. Porque si la experiencia es lo que nos pasa, ¿qué es la vida sino el pasar de lo que nos pasa y nuestras torpes, inútiles y siempre provisionales tentati-

vas de elaborar su sentido, o su falta de sentido? La vida, como la experiencia, es relación: con el mundo, con el lenguaje, con el pensamiento, con los otros, con nosotros mismos, con lo que se dice y lo que se piensa, con lo que decimos y lo que pensamos, con lo que somos y lo que hacemos, con lo que ya estamos dejando de ser. La vida es la experiencia de la vida, nuestra forma singular de vivirla. Por eso, colocar la relación educativa bajo la tutela de la experiencia (y no de la técnica, por ejemplo, o de la práctica) no es otra cosa que subrayar su implicación con la vida, su vitalidad. Pero ¿cómo? Y, sobre todo, ¿de qué otro modo?

Hacer sonar la palabra "experiencia" en educación tiene que ver, entonces, con un no y con una pregunta. Con un no a eso que se nos da como necesario y como obligatorio, y que ya no soportamos. Y con una pregunta que se refiere a lo otro, que encamina y señala hacia lo otro (hacia otros modos del pensamiento, y del lenguaje, y de la sensibilidad, y de la acción, y de la voluntad) pero, eso sí, sin determinarlo. Sólo porque aún queremos seguir vivos, seguir. Y porque aún intuimos, o creemos intuir, un afuera. Un afuera de ese sótano que nos encierra, pero del que sabemos que no será nunca lo que creemos que podría ser. Hay que abrir la ventana. Pero sabiendo que lo que se ve cuando la ventana se abre nunca es lo que habíamos pensado, o soñado, nunca es del orden de lo pre-visto. Por eso la pregunta por el "de qué otro modo" no puede ser otra cosa que una apertura. Hacia lo que no sabemos. Hacia lo que no depende de nuestro saber ni de nuestro poder ni de nuestra voluntad. Hacia lo que sólo puede indeterminarse como un quién sabe, como un quizás.

Dejar que la palabra "experiencia" nos venga a la boca (que tutele nuestra voz, nuestra escritura) no es usar un instrumento, sino ponerse en el camino o, mejor, en el espacio que ella abre. Un espacio para el pensamiento, para el lenguaje, para la sensibilidad y para la acción (y, sobre todo, para la pasión). Porque las palabras, algunas palabras, antes de que se nos desgasten o se nos fosilicen, antes de quedar capturadas, también ellas, por las normas del saber y por las disciplinas del pensar, antes de que se nos conviertan, o las convirtamos, en parte de una doctrina o de una metodología, antes de que se subordinen, o las subordinemos a ese dispositivo de control del pensamiento que llamamos "investigación", aún pueden contener un gesto de rebeldía, un no, y aún pueden ser preguntas, aperturas, inicios, ventanas abiertas, modos de seguir vivos, de seguir, caminos de vida, posibilidades de lo que no se sabe, quizás.

Con qué cara

El poema de Idea VILARIÑO no sólo se interroga por qué, cómo o de qué otro modo (seguir vivo, seguir), sino que se pregunta también con qué cara. Porque, como dice FERLOSIO, la cara es el espejo del alma si no es, lisa y llanamente, el alma o, por decirlo aún más claramente, la persona¹. Y, como nos ha enseñado GOMBROWICZ, las caras se convierten muy rápidamente en fachas, en fachadas, en jetas, en caraduras, en máscaras rígidas, de cartón piedra, congeladas en una mueca inmóvil y grotesca². Sabemos con qué facilidad las relaciones inter-

¹ Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO, *El alma y la vergüenza*. Barcelona. Destino, 2000.

² Ver, por ejemplo, Witold GOMBROWICZ, *Ferdydurke*. Barcelona. Edhasa. 1984.

humanas (esas que se dan, o deberían darse, cara a cara) devienen en mascaradas cuando las caras se acartonan en posiciones más o menos institucionalizadas. Además, tanto FERLOSIO como GOMBROWICZ, aunque en registros muy distintos, han insistido en señalar la voz, junto con el rostro, como los lugares esenciales de la singularización humana. Y también de la experiencia humana, porque a veces se nos quiebra la voz, o se nos descompone la cara.

Los pedagogos, los que hablan o escriben de educación, han puesto cara de especialistas, de expertos, de curas, de políticos, de técnicos, de predicadores, de profesores, de investigadores, de funcionarios, o de una mezcla de todo eso. Por eso hablan (y escuchan, y leen, y escriben) en tanto que especialistas, o expertos, o curas, o políticos... sin dar la cara. Es decir, impostando una voz de técnicos, o de predicadores, o de profesores, o de investigadores, o de funcionarios... que nunca tiembla.

Por eso, nuestro no a las formas que configuran "el orden del discurso pedagógico" es también un no a todas esas caras acartonadas, a todas esas voces impostadas. Porque no queremos que se nos pongan esas caras, no queremos que nos salgan esas voces. Entonces, ¿con qué cara seguir?, ¿cuál es la cara viva, estremecida, con la que podamos afirmar la vida?, ¿con qué cara encarar lo que nos pasa?, ¿cuál es la voz viva, temblorosa, balbuceante, que corresponde a esa cara, cuál es la lengua que le conviene?

Ferlosiana

Hablaba FERLOSIO del indigno comercio psicológico entre padres y profesores sobre el alma de los niños. Y decía que se le ponía carne de gallina sólo de imaginar a una mamá diciéndole a una maestra: "*y es que mi Luisito es muy introvertido*"³. Y eso que el bueno de Rafael no había asistido nunca al bochornoso espectáculo de una maestra disertando, en una reunión de padres, sobre "el niño a esta edad". Pues bien, el otro día, en un reportaje sobre las reformas universitarias, aparecía un grupo de estudiantes de psicología de una célebre universidad catalana interpretando dibujos de niños. Esos en que los niños tienen que dibujar a su familia. Y en el limbo⁴ nos preguntamos por qué tanto empeño en que esos pobres críos indefensos dibujen a su familia. Qué tipo de morbosa curiosidad inspirará una petición semejante. Pero allí estaban ellos, aprendiendo la arrogancia y la estupidez propia de su gremio, mirando atentamente los dibujos que les proyectaba su profesor, impostando la voz, componiendo la cara, dándose importancia, dogmatizando descaradamente y sin ningún pudor sobre cuál era el significado de los colores, de los tamaños, de los vestidos, de las cabezas y las extremidades de los niños, de sus padres y de sus hermanos. Y vete a saber qué tipo de diagnósticos hacen y cómo los usan para joder impunemente, por su propio bien, a los niños, y muchas veces también a los padres. Además, son tan

³ Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO, "Pedagogos pasan, al infierno vamos", en *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Barcelona. Destino, 2002. Pág. 115.

⁴ Esta Ferlosiana fue escrita para un programa de radio que se titula "Palabras desde el limbo", concretamente para una sección titulada "Y es que esta civilización nuestra es pa'cagarse chico". Los programas pueden encontrarse en archivos de audio en www.palabrasdesdeelimbo.contrabanda.org

cobardes que sólo se atreven a hacer esas marranadas con los niños y con otros seres precarios, dependientes, vulnerables y seguramente desdichados. Sobre los que se puede perorar con toda tranquilidad y con total impunidad. Y a los que, desde luego, no se atreverían a decirles esas cosas a la cara. Se les debería caer la cara de vergüenza, si tuvieran vergüenza. Les debería salir sarpullidos en la lengua, si tuvieran lengua. Y es que antes, a los niños, los jodían los curas, que tenían mucho poder y que se creían en posesión de la verdad. Pero ahora los joden los psicólogos, que también tienen mucho poder y también se creen en posesión de la verdad, pero son mucho más traicioneros. Y es que esta civilización nuestra es pa' cagarse, chico.

El cuerpo docente según GOMBROWICZ

Cuando el director de la escuela escoge un cuerpo para formar parte del cuerpo docente se cuida mucho de que no sea un cuerpo simpático, normal y humano, sino un cuerpo pedagógico, es decir, profunda y perfectamente aburridor, estéril, dócil y abstracto. Aunque eso sí, el cuerpo docente de esa escuela está coronado por las mejores cabezas de la capital: ninguna de ellas tiene un solo pensamiento propio. Y si lo tuviese, tanto el pensamiento como el pensador serían inmediatamente sancionados. Estos maestros son perfectos alumnos y por eso son altamente eficaces en su cometido de "alumnizar" a cualquiera que se les ponga por delante⁵.

Animales

El enorme rinoceronte se detiene. Alza la cabeza. Recula un poco. Gira a un costado y embiste como ariete, con un solo cuerno de toro blindado, embravecido y ciego, en arranque total de investigador positivista. No da nunca en el blanco, pero siempre se queda muy satisfecho de su razón, de su metodología, de sus resultados y de su fuerza⁶.

Palabras vacías

"Es un tiempo en el que en el espacio, en el "éter", sólo se oye el zumbido, el silbido, el atronar de los diálogos. En todos los canales se oye continuamente el estampido de la palabra "diálogo". Según las últimas pesquisas de la investigación dialógica, una disciplina que acaba de tomar carta de naturaleza y que se vanagloria de haber adquirido con gran rapidez una multitud de seguidores, la palabra "diálogo", y no sólo en los medios de comunicación, los sínodos interconfesionales y las síntesis filosóficas, es en estos momentos más frecuente que

⁵ Elaborado para el limbo a partir del capítulo segundo del *Ferdydurke*, de GOMBROWICZ. *Op. cit.*

⁶ También para el limbo, se trata de una variación a partir de una de las piezas del *Bestiario* de Juan José ARREOLA. México. Joaquín Mortiz, 1972.

"soy", "hoy", "vida" (o "muerte"), "ojo" (u "oído"), "montaña" (o "valle"), "pan" (o "vino"). Incluso en los paseos de los presidiarios por el patio de la cárcel, con frecuencia "diálogo" sale más veces que, por ejemplo, "mierda", "joder" o "el coño de tu madre". Y del mismo modo, en los paseos vigilados de los internados en un manicomio, o de los idiotas, está comprobado que "diálogo" es una palabra por lo menos diez veces más frecuente que, por ejemplo, "hombre de la luna", "manzana" (o "pera"), "Dios" (o "Satanás"), "miedo" (o "pastillas"). En un continuo diálogo están incluso los tres o cuatro campesinos que aún quedan, separados siempre un día de viaje, o por lo menos se les presenta dialogando sin parar. Y dialogando se presenta también a los niños, hasta en la última imagen de los libros ilustrados que han sido evaluados por las autoridades competentes para formar parte de la biblioteca de la escuela"⁷. Pero en el limbo, el zumbido atronador y mentiroso del diálogo todavía no ha conseguido acabar con el murmullo vivo y verdadero de la conversación.

Más animales

Fieles al espíritu de toda aristocracia en decadencia, las aves rapaces enjauladas o encorraladas observan en todo momento el protocolo. En el escalafón de las perchas nocturnas, como en cualquier organismo oficial o extraoficial, cada quien ocupa su puesto por rigurosa jerarquía. En lo alto, las águilas tuertas y de alas quebradas. Un poco por debajo, los halcones de picos romos y garras despuntadas. A continuación, los gavilanes tristes y desplumados. Y abajo del todo los buitres carroñeros rodeados de moscas. Lo mismo que en cualquier gremio o corporación, sea de índole local, nacional, estatal o internacional. Incluidas, desde luego, las que tienen que ver con eso que ahora se llama "conocimiento"⁸.

Cantinelas

"Nunca más he vuelto a encontrarme con hombres menos poseídos por lo que llevaban entre manos que aquellos catedráticos y profesores de Universidad; cualquier empleado de banco, sí, cualquiera, contando los billetes, unos billetes que además no eran suyos, cualquier obrero que estuviera asfaltando una calle, en el espacio caliente que había entre el sol, arriba, y el hervor del alquitrán, abajo, daban la impresión de estar más en lo que hacían. Parecían dignatarios llenos de serrín a quienes ni la admiración (...), ni el entusiasmo, ni el afecto, ni actitud interrogativa alguna, ni la veneración, ni la ira, ni la indignación, ni la conciencia de estar ignorando algo les hacía jamás temblar la voz, que más bien se limitaban a ir soltando una cantinela, a ir cumpliendo con distintos expedientes, a ir escanadiendo frases en el tono de alguien que está anticipando un examen (...) mientras fuera, delante de las ventanas, se veían tonos verdes y azules, y luego oscurecía:

⁷ Peter HANDKE, *La pérdida de la imagen, o por la sierra de Gredos*. Madrid. Alianza, 2003. Págs. 108-109.

⁸ Ver nota 6.

hasta que el cansancio del oyente, de un modo repentino, se convertía en desgana, y la desgana en hostilidad"⁹.

Zambraniana

En un texto menor, pero muy hermoso, que se llama "La mediación del maestro" María ZAMBRANO se refiere al instante anterior al empezar a hablar en una clase. El maestro, dice ZAMBRANO, ocupa su lugar, saca, quizás, algunos libros de la cartera y los pone delante de sí, y justamente ahí, antes de pronunciar palabra, el maestro percibe el silencio y la quietud de la clase, lo que ese silencio y esa quietud tienen de interrogación y de espera, y también de exigencia. En ese momento, el maestro calla un instante y ofrece su presencia antes aún que su palabra. Y ahí María ZAMBRANO dice lo siguiente: *"Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aún por el imperceptible temblor que le sacude. Sin ellos, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia"*¹⁰. Antes de empezar a hablar, el maestro tiembla. Y ese temblor se deriva de su presencia. De su presencia silenciosa, en ese momento, y de la inminencia de su presencia en lo que va a decir. Eso es seguramente la voz, la presencia en lo que se dice, la presencia de un sujeto que tiembla en lo que dice. Y por eso las aulas son, o han sido a veces, o podrían haber sido, lugares de la voz, porque en ellas los alumnos y los profesores tenían que estar presentes. Tanto en sus palabras como en sus silencios. Quizá, sobre todo, en sus silencios.

Pues eso

¿Se entiende ahora eso de que situar lo educativo en el lugar de la experiencia supone un no y una pregunta que es, a la vez, una apertura? ¿Se entiende lo de "lo que no somos y lo que no queremos"? Y lo de "con qué cara seguir vivo", ¿se entiende? ¿Os suena eso de hablar impunemente de lo que se ignora? Ya sabéis que las posiciones discursivas del saber y del poder garantizan la impunidad y también la inmunidad. Carlos SKLIAR lo escribía así: *"En cierto modo somos impunes al hablar del otro e inmunes cuando el otro nos habla"*¹¹. ¿Os suena a algo eso de hablar sin una sola palabra o un solo pensamiento propio? ¿Qué sería de los profesores, de los expertos y de los investigadores si les pidieran que dijeran lo que han aprendido, lo que han vivido, lo que han pensado, y no lo que les han enseñado? ¿Sabéis quiénes son esos que nunca dan en el blanco (como si hubiera un blanco) pero que, eso sí, están tan satisfechos de su fuerza?

⁹ Peter HANDKE, *Ensayo sobre el cansancio*. Madrid. Alianza, 1990. Págs. 13-14.

¹⁰ María ZAMBRANO, "La mediación del maestro" en Jorge LARROSA y Sebastián FENOY (Eds.), *María ZAMBRANO: L'art de les mediacions (Textos pedagògics)*. Barcelona. Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2002. Pág. 112.

¹¹ Carlos SKLIAR, "Fragmentos de experiencia y alteridad", en Jorge LARROSA y Carlos SKLIAR (Eds.), *Experiencia y alteridad en educación*. Rosario (Argentina). Homo Sapiens, 2009. Pág. 147.

Y las aves rapaces que guardan rigurosamente la jerarquía, ¿sabéis dónde habitan?, ¿y qué lenguaje hablan (o graznan)? ¿No estáis hartos ya de palabras vacías, de palabras fetiche, de palabras palabreadas una y otra vez, usadas como monedas falsas, hasta vaciar su sentido? Juan GELMAN lo escribía así: *"no queremos otros mundos que el de la libertad y esta palabra no la palabreamos porque sabemos hace mucha muerte que se habla enamorado y no del amor, se habla claro, no de la claridad, se habla libre, no de la libertad"*¹². ¿Habéis escuchado alguna vez a esos que hablan como anticipando un examen?, ¿esos a los que nunca les cambia la voz y a los que nunca se les cae la cara? ¿Habéis estado alguna vez en alguna clase, o en alguna conferencia, en la que ni el que habla ni los que escuchan están presentes? Pues eso.

César VALLEJO lo decía así: *"Quiero escribir, pero me sale espuma, / quiero decir muchísimo y me atollo. / (...) Quiero escribir, pero me siento puma; / quiero laurearme, pero me encebollo"*¹³. Y en eso estamos, entre el laurel y la cebolla, entre el puma y la espuma, entre el quiero y el pero, en ese entre, en ese atolladero.

Lenguas podridas

Hablar contra las palabras

Uno de los textos fundadores de lo que podríamos llamar la crítica del lenguaje es la *Carta de Lord Chandos*, de Hugo VON HOFMANNSTHAL, que se publicó en 1902. La carta está fechada el 22 de agosto de 1603, y en ella Lord CHANDOS describe a su amigo Francis BACON los síntomas de una extraña enfermedad: *"las palabras abstractas, de las cuales la lengua por ley natural debe hacer uso para sacar a la luz del día juicios de cualquier clase, se me descomponían en la boca igual que hongos podridos"*¹⁴. Pero el rastro de esa enfermedad atraviesa el siglo xx y alcanza dimensiones de pandemia en esta sociedad que se llama a sí misma del conocimiento, de la información y de la comunicación. Lo que ocurre es que son pocos los que se han dado cuenta. Y es a esos pocos a los que tenemos que escuchar.

En la misma ciudad y en la misma época en que vivió HOFMANNSTHAL, Karl KRAUS también se había dado cuenta de que el lenguaje estaba enfermo, y de que su podredumbre no era ajena a la podredumbre general. La corrupción lingüística, pensaba KRAUS, está relacionada con la corrupción de los pensamientos y de las conciencias y, desde luego, con la corrupción de la sociedad y de la cultura. Y fue él, que se consideraba un continuador, un epígono, el heredero de una fortu-

¹² Juan GELMAN, "Bajo la lluvia ajena (notas al pie de una derrota)", en Juan GELMAN y Oswaldo BAYER, *Exilios*. Buenos Aires. Legasa, 1984. Pág. 15.

¹³ César VALLEJO, "Poemas póstumos", en *Obra poética*. Madrid. Archivos, 1988. Pág. 400.

¹⁴ Hugo VON HOFMANNSTHAL, *Una carta (De Lord Philip Chandos a Sir Francis Bacon)*. Valencia. Pre-Textos, 2008. Pág. 126. La edición que cito, muy hermosa, contiene seis respuestas a la carta (de José Luis PARDO, Stefan HERTMANS, Clément ROSSET, Esperanza LÓPEZ PARADA, Hugo MÚGICA y Abraham GRAGERA), además de un prólogo de Claudio MAGRIS, un ensayo de Juan NAVARRO BALDEWEG y una introducción de José MUÑOZ MILLANES.

na destruida y despilfarrada, el habitante crepuscular de la vieja y arruinada casa del lenguaje, el que *"descubrió los vínculos entre un falso imperfecto de subjuntivo y una mentalidad abyecta, entre una falsa sintaxis y la estructura deficiente de una sociedad, entre la gran frase hueca y el asesinato organizado"*¹⁵. En 1929 se dio cuenta un joven poeta comunista, Francis PONGE, cuando expuso sus razones para escribir: *"Nuestro primer móvil fue sin duda el asco por lo que se nos obliga a pensar y a decir, por aquello en lo cual nuestra naturaleza de hombres nos obliga a tomar parte (...). Una sola salida: hablar contra las palabras"*. En 1958, en relación con el arrasamiento del lenguaje producido por el nazismo, lo dijo otro poeta, Paul CELAN, uno de los más grandes: *"Quedaba la lengua, sí, salvaguardada a pesar de todo. Pero hubo entonces que atravesar su propia falta de respuestas, atravesar un terrible mutismo, atravesar las mil espesas tinieblas de un discurso homicida"*¹⁶. En 1982, y después de toda una vida dedicada a combatir el lenguaje automático y automatizado de lo que se nos hace decir y de lo que se nos hace pensar, Peter HANDKE lo escribió así: *"De cada frase que pase por tu mente, pregúntate: ¿es éste realmente mi lenguaje?"*¹⁷. A lo largo de su obra, y hablando del nacional-catolicismo español, lo dijo, de muchos modos y en muchos sitios, Juan GOYTISOLO: *"La negación de un sistema intelectualmente opresor comienza necesariamente por la negación de su estructura semántica", o "Todo español se ha visto obligado a pensar o por lo menos a hablar y escribir con arreglo a ciertas fórmulas y principios establecidos (...). El lenguaje deberá ser reacuñado y bruñado antes de que pueda circular como moneda genuina", o "Cada palabra de tu idioma te tiende una trampa: en adelante aprenderás a pensar contra tu propia lengua"*¹⁸. También Antonio GAMONEDA había notado la corrupción lingüística del franquismo, y lo dijo en 1977: *"¿Quién habla aún al corazón abrasado cuando la cobardía ha puesto nombre a todas las cosas?"*¹⁹. En 1988, y en una novela que, como la mayoría de las suyas, describe el arrasamiento lingüístico y cultural producido por el totalitarismo comunista, el escritor albanés Ismail KADARÉ estableció así las fases de la destrucción: *"La primera, la eliminación material de la rebelión; la segunda, la eliminación de la idea de rebelión; la tercera, la erradicación de la cultura, el arte y las costumbres; la cuarta, la extinción o mutilación de la lengua y, la quinta, la extinción o debilitamiento de la memoria"*²⁰. En relación a esa reducción del lenguaje a instrumento de comunicación, junto con sus ideales de eficacia y de transparencia, el filósofo José Luis PARDO dijo en 1996 que *"hay un intento en marcha para librar al lenguaje de su incómodo espesor, un intento de borrar de las palabras todo sabor y toda resonancia, el intento de imponer por la violencia un lenguaje liso, sin manchas, sin*

¹⁵ La cita, de Erich HELLER, está tomada de un texto del poeta venezolano Rafael CADENAS titulado "Karl Kraus" e incluido en su *Obra entera*. México. Fondo de Cultura Económica, 2000. Pág. 594.

¹⁶ Tanto la cita de PONGE como la de CELAN están tomadas del magnífico texto de Miguel CASADO "Hablar contra las palabras. Notas sobre poesía y política", en *Deseo de realidad*. Oviedo. Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2006.

¹⁷ Peter HANDKE, *Historia del lápiz*. Barcelona. Península, 1991. Pág. 50.

¹⁸ Las citas son del libro de Jorge CARRIÓN, *Viaje contra espacio. Juan Goytisolo y W. G. Sebald*. Madrid. Iberoamericana, 2009.

¹⁹ Antonio GAMONEDA, "Lápidas", en *Esta luz. Poesía Reunida*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2004. Pág. 293.

²⁰ Ismail KADARÉ, *El nicho de la vergüenza*. Madrid. Alianza, 2001. Pág. 145.

sombras, sin arrugas, sin cuerpo, la lengua de los deslenguados, una lengua sin otro en la que nadie se escuche a sí mismo cuando habla, una lengua despo-blada”²¹. Otro filósofo, Miguel MOREY, lo dijo en 2001 en una carta que dedicó a su hija y a todos los que, como ella, cumplieron los 18 en ese año: *“El lenguaje somos todos, y es casi todo lo que somos. Nadie puede ponerse a salvo del modo como el lenguaje nos dibuja los contornos de todo aquello de lo que podemos tener experiencia. Vivimos según el lenguaje que tenemos a nuestra disposición (...). Por eso es tan terrible que las palabras se nos mueran, que nos las maten, que pertenezcan cada vez más a un enemigo ciego, sordo y mudo ante el peso del mundo, como si fueran un territorio ocupado. Porque cuando las palabras mueren, irremediablemente, los hombres enferman”*²². Y podríamos multiplicar las citas, los testimonios, los matices.

Pero siempre el mismo motivo: el lenguaje recibido es impronunciable y el mundo que se nos da es inhabitable, y una cosa no va sin la otra, y sólo una conciencia abyecta y sumisa puede hablar ese lenguaje y habitar ese mundo sin problemas. Un lenguaje podrido es el síntoma de un mundo podrido y de unas formas de vida podridas. Pero a nosotros ese lenguaje nos da asco, y lo sentimos como una trampa, y sabemos que es el que imponen los poderosos, los opresores y los cobardes, el lenguaje del enemigo. Y por eso no podemos sentirlo como nuestro, porque ha sido arrasado, allanado, alisado, mutilado, simplificado, deshumanizado, porque ha sido convertido en un lenguaje de deslenguados, en un lenguaje de nadie y sin nadie y para nadie. Y por eso sentimos que nos hemos quedado sin palabras, y nos sentimos mudos. Y para imaginar la posibilidad de hablar tenemos que reinventarlo, resemantizarlo, darle un nuevo rigor, un nuevo sentido, para que pueda continuar diciendo, diciéndonos.

Entre el ya no y el aún no

La carta de Lord CHANDOS termina así: *“porque la lengua en que quizá me fuera dado, no sólo escribir, sino también pensar, no es el latín, ni el inglés, ni el italiano, o el español, sino una lengua de cuyas palabras ni siquiera una sola me es conocida; una lengua en la que las cosas mudas me hablan y en la que quizá un día en la tumba tendré que rendir cuentas a un juez desconocido”*²³. El lenguaje recibido ya no nos sirve, nos da asco, y aquél en el que quizá podríamos decir alguna cosa, ése aún no lo tenemos. Pero ahí estamos, en ese intervalo, y seguimos insistiendo.

Una extraña enfermedad

La enfermedad de Lord Chandos es, en realidad, una enfermedad del lenguaje. Las palabras se nos pudren. Cuando nos vienen a la boca, antes de decir-

²¹ José Luis PARDO, “Carne de palabras” en N. FERNÁNDEZ QUESADA (Ed.), *José Ángel Valente. Anatomía de la palabra*. Valencia. Pre-Textos, 2000. Pág. 190.

²² Miguel MOREY, “Carta a una princesa” en *Pequeñas doctrinas de la soledad*. México. Sexto Piso, 2007. Págs. 433-434.

²³ Hugo VON HOFMANNSTHAL. *Op. cit.* Pág. 135.

las, las tocamos con la punta de la lengua, y se nos descomponen como hongos podridos, y ya no podemos pronunciarlas sin asco. Y ahí comienza la extrañeza, en esa sensación de repugnancia por un lenguaje que es el nuestro, el que hay, el único que tenemos. Porque para sentir que el lenguaje se nos ha podrido, o que nos lo han podrido, hay que tener lengua. Por eso Lord Chandos se siente enfermo: porque aún tiene lengua, porque aún es capaz de sentir, en su lengua, el sabor a podrido de la lengua, porque todavía tiene una lengua con la que saborear las palabras y las frases antes de decirlas, porque aún tiene una lengua con la que sentir asco. Como dice José Luis PARDO, *"para acceder al lenguaje tenemos que hablar una lengua, y hablarla desde dentro, con nuestra propia voz y con nuestra propia lengua. Y ello hace que las palabras nos dejen un residuo en la punta de la lengua, un sabor de boca (dulce o amargo, bueno o malo), lo que ellas nos hacen saber (nos dan a saborear)"*²⁴. Por eso, aunque el lenguaje se nos haya podrido, la mayoría de la gente no se da cuenta, no siente náuseas y no se siente enferma: porque ha perdido la lengua, porque no tiene, o nunca ha tenido, una voz propia, una lengua propia, porque sólo así, sin lengua, puede hablar, sin asco, una lengua podrida.

Repasemos los síntomas y el progreso de esa enfermedad. A Lord Chandos, primero se le hacen imposibles las grandes palabras, esas que son tan abstractas, tan generales, tan solemnes, tan mentirosas, tan grandilocuentes y tan vacías. Tal vez se da cuenta de que ya no quieren decir nada, de tan vanidosas y de tan hinchadas. Segundo, se le hacen imposibles los juicios sobre temas generales, sobre los asuntos de la corte y del parlamento, sobre todo aquello que, según esa artificiosa construcción llamada "actualidad", debería ser importante. Tal vez percibe lo que esos juicios y esas opiniones tienen de apresurados, de artificiales, de convencionales. Tal vez siente ahí la lengua sin lengua de los periodistas, de los expertos, de los políticos y de los funcionarios, de los que fabrican el presente, de los "actuales", de los dueños de la "actualidad". Tercero, se le hacen imposibles también los juicios banales, esos que se dan automáticamente y sin pensar en las conversaciones de todos los días. Todo eso le produce malestar, asco, cólera, ansiedad, angustia. Porque le parece falso, hueco y, sobre todo, simplificador. Lo real es infinito y, sobre todo, dinámico, caótico y fragmentado, y siempre desborda cualquier pretensión del lenguaje por abarcarlo, unificarlo, fijarlo, simplificarlo, comprenderlo y ordenarlo.

La enfermedad de Lord Chandos consiste en que siente que el lenguaje apenas es capaz de captar lo real. Pero lo que ocurre es que ese lenguaje, en su arrogancia y su autosuficiencia, no lo sabe. Y por eso se ha separado irremediablemente de lo real, ya no sirve para nombrar lo que somos ni lo que nos pasa, ya no nos permite distinguir, ordenar, clasificar y determinar lo que hay, ya no es capaz de dar cuenta de nuestras relaciones con los demás, con nosotros mismos y con el mundo en el que vivimos, ya no es capaz, en definitiva, de decir la verdad. Entonces, el lenguaje fabrica un mundo a su medida, un mundo que ya no es un mundo sino un armazón, o una jaula, o un casillero, o un esquema al que todo lo que hay se pliega o debería plegarse. Por eso cuando eso ocurre, cuando Lord Chandos toca con la punta de su lengua esa falsedad del lenguaje habitual,

²⁴ José Luis PARDO, *La intimidad*. Valencia. Pre-Textos, 1996. Págs. 52-53.

del lenguaje acostumbrado, las palabras se independizan, toman vida propia y se hacen peligrosas: *"Las palabras, una a una, flotaban libres a mi alrededor: se coagulaban en ojos que me miraban fijamente y a los que yo debo devolver la misma mirada fija: son torbellinos que me dan vértigo al contemplarlos, que giran sin cesar y a través de los cuales se arriba al vacío"*²⁵.

Describiendo a su amigo Francis BACON los síntomas de su enfermedad, Lord Chandos cuenta un episodio especialmente significativo. A punto de reprender una mentira de su hija de cuatro años, a punto de decirle eso de que hay que decir siempre la verdad, Lord Chandos no puede evitar pararse a pensar en lo que va a decir. Entonces todo un flujo de ideas le pasan instantáneamente por la cabeza y, del mismo modo que le ocurre con las palabras, que se autonomizan y se hacen casi físicas, las ideas se funden las unas con las otras de manera que se le hace imposible terminar la frase. Como si un gesto aparentemente tan sencillo, el de decirle a una niña que hay que ser siempre veraz, se hiciera de pronto tan complejo, tan infinito, tan lleno de matices, que la proposición se hace impronunciable. Y eso, simplemente, porque se piensa. ¿Quién podría decir, si lo piensa un momento, que hay que ser siempre veraz? ¿Qué quiere decir "veraz"? Y, sobre todo, ¿qué quiere decir "siempre"? ¿Es posible la verdad? ¿Es posible un mundo, una convivencia, en la que siempre se diga la verdad? Las ideas comienzan a fluir, a asociarse, a proliferar, a contradecirse. Y no nos queda más remedio, como le pasaba a Lord Chandos, que salir a caballo para calmar la angustia, para tratar de volver a ese mundo sencillo y habitual en el que frases como esas pueden decirse automáticamente, sin pensar. El problema de Lord Chandos no es decir lo que piensa (ese es el problema banal de la libertad de expresión, de la "opinionitis" generalizada, de la charlatanería y el bullicio universales, el problema, en definitiva, de los deslenguados), sino algo mucho más complicado: pensar lo que dice. O, dicho de otro modo, sentir que puede estar presente en lo que dice.

Tal vez por eso, lo que le ocurre a Lord Chandos no es que no entienda las palabras o las ideas (su problema no es para nada el de la comprensión), sino que no puede ponerlas en relación consigo mismo: *"Los conceptos los comprendía bien: veía alzarse ante mí sus combinaciones maravillosas como majestuosas fuentes que juegan con pelotas de oro. Podía darles la vuelta y ver cómo jugaban entre sí; pero tenían que ver sólo las unas con las otras, y lo más profundo, lo personal de mi pensamiento, quedaba excluido de su corro. Me sobrevino entre ellas un sentimiento de espantosa soledad"*²⁶. Lord Chandos comprende el lenguaje, comprende el pensamiento, es capaz, incluso, de admirarlo, pero lo siente ajeno, como un juego elegante, vacío y autocontenido, como si no tuvieran relación con él, con lo que hay en él de más profundo y de más personal. Y entonces se siente sólo. Se separa de ese mundo normalizado de lo social, de lo colectivo, de lo habitual y de lo acostumbrado en el que se puede hablar y pensar automáticamente, es decir, en el que se puede hablar sin lengua y pensar sin pensamiento.

²⁵ Hugo VON HOFMANNSTHAL. *Op. cit.* Pág. 128.

²⁶ *Op. cit.* Pág. 128.

Lo normal y lo patológico

La enfermedad de Lord Chandos se deriva de ahí: de que aún tiene lengua con la que tocar y saborear las palabras antes de decirlas (y por eso se le descomponen en la boca como hongos podridos), de que aún piensa en lo que dice y trata de estar presente en ello (y por eso las ideas se le interrumpen, se le quiebran y se le desordenan antes de que consiga terminar de formularlas), y de que ha abandonado ya, irremediablemente, cualquier forma de comunidad (y por eso ha quedado excluido del corro). Los aparentemente sanos, por tanto, los normales y normalizados, serán los deslenguados, los que no se paran a pensar, los que hablan y piensan automáticamente, gregariamente, los hombres y las mujeres del rebaño, los que no pueden vivir sino en el asilo de las corporaciones, de los agrupamientos, de las instituciones, de los colectivos.

Textos agujereados por otros textos

Hay una curiosa versión contemporánea de la enfermedad de Lord Chandos²⁷. Su protagonista es Simon, un psicólogo del departamento de recursos humanos en la sede francesa de una multinacional alemana. Sus tareas son la motivación de los empleados y la selección de personal o, dicho de otra manera, el ajuste óptimo entre los trabajadores y la producción. Uno de los altos ejecutivos de la empresa le encarga una investigación de carácter profesional sobre la "salud mental" del director general, un tal Mathias Jüst. A partir de ahí, Simon irá averiguando cosas sobre la relación que los altos ejecutivos tuvieron con el nazismo (todos ellos vieron u oyeron contar algo que, de alguna manera, implicaba a sus padres con la maquinaria de la muerte) y, sobre todo, será testimonio y víctima de una enfermedad del lenguaje que socava la seguridad, las certezas y la estabilidad intelectual y emocional de todos los que se contagian de ella.

Las manifestaciones de la enfermedad consisten en una sensibilidad agudizada hacia el modo en el que el lenguaje técnico de la empresa está contaminado por el lenguaje técnico del nazismo o, más precisamente, con el modo en el que la definición misma de los "problemas" y de las "soluciones" que tienen que ver con la optimización de la productividad de la empresa (la forma de conjugar el factor humano con las necesidades económicas) exige el uso de un vocabulario y de una gramática tomados del tratamiento nazi del "problema judío" y de la "solución final".

Hay, priméro, un informe técnico sobre cifras de producción, datos de personal y proyectos de futuro en el que faltan algunas palabras. Como si su redactor, Mathias Jüst, hubiera luchado contra la emergencia de una serie de términos técnicos de los que sólo él percibía el origen, y eso hubiera dado como resultado un texto horadado, agujereado, lleno de los espacios en blanco dejados por la ausencia de las palabras impronunciadas e impronunciables.

Además, hay cinco cartas anónimas encontradas en la caja fuerte del señor Jüst. La primera de ellas es un facsímil de una nota técnica sobre el funciona-

²⁷ François EMMANUEL, *La cuestión humana*. Madrid. Losada, 2002. Llevada al cine en 2007, con el mismo título, por Nicholas Klotz, con guión de Elisabeth Perceval.

miento y las posibles modificaciones de los camiones especiales diseñados para matar a los judíos durante el transporte, utilizando el dióxido de carbono producido por el motor del camión. En la segunda de ellas el documento anterior está sobreimpreso encima de una serie de fragmentos cortados y desordenados de notas técnicas de la empresa. En la tercera carta, los dos textos anteriores tienen el mismo valor tipográfico y están extrañamente mezclados, produciendo un texto absurdo pero gramaticalmente correcto. Cuando Simon aísla los pasajes intrusos se encuentra con que no pertenecen al lenguaje tecnológico de la ingeniería, sino al que se emplea en los servicios de personal y en los organismos directivos de la empresa. En la cuarta, algunos fragmentos del texto inicial están colocados en una partitura musical, concretamente la del segundo movimiento de un cuarteto de cuerda de César Franck. La quinta y última carta contiene un texto borrado, excepto algunas palabras como instrucciones, seguridad, funcionamiento, limpieza, observación, evaluación, etc., y la siguiente anotación introducida a mano: *"No oír. No ver. Lavarse infinitamente la suciedad humana. Pronunciar palabras limpias. Que no manchen. Expulsión. Reestructuración. Reinstalación. Reconversión. Deslocalización. Selección. Evacuación. Despido técnico. Solución definitiva. La máquina de muerte está en marcha"*²⁸.

Por último, hay dos cartas enviadas a Simon. La primera está construida con frases extraídas de un manual de psicología laboral pero cuyos términos técnicos, en su nueva organización, revelan otra procedencia mucho más maligna. En la segunda, ese primer texto aparece como invadido y devorado por fragmentos tomados de un programa nazi de erradicación de enfermos mentales.

A lo largo del relato, la enfermedad del señor Jüst, esa enfermedad producida por la sensibilidad a la contaminación nazi del lenguaje (al modo en el que esa lengua podrida por la violencia y el asesinato atraviesa las formas de racionalidad de la bio-política contemporánea, el lenguaje de la gestión racional de los individuos y de las poblaciones en el capitalismo post-industrial), de la que poco a poco Simon se va contagiando. Y eso hasta hacerle dudar de las palabras que antes le eran familiares y usaba sin problemas, de su elección profesional y, en general, del sentido de su trabajo. Simon se percibe incapaz de terminar un dossier rutinario de selección, no soporta ya los seminarios con los empleados, pierde la capacidad de intervenir con naturalidad en las discusiones. Y eso, como en Lord Chandos, acompañado de una turbación, un malestar y una angustia físicas, corporales.

Como dice Arie Neuman en el monólogo final de la película, el lenguaje es el método más eficaz de propaganda porque se nos mete en la carne y en la sangre. Y así funciona el lenguaje de los especialistas, descomponiendo lo real en temas, convirtiéndolo en una serie de problemas técnicos, de fórmulas fragmentadas y neutras, de manera que se puedan lograr soluciones eficientes. Y así se va formando un lenguaje hecho de *"palabras vacías de significado, un lenguaje neutro, neutral, invadido por palabras técnicas que gradualmente absorben su humanidad"*. Y eso es precisamente lo que, en su progresiva desazón, va aprendiendo Simon. Poco a poco, su lengua se hace capaz de sentir el olor a violencia y a asesinato que tiene el lenguaje que, antes, manejaba con total naturalidad.

²⁸ Op. cit. Pág. 68.

Poco a poco, se ve obligado a pensar en lo que dice, en cada palabra, en cada frase, y eso hace que pierda la fluidez, que ya no sea capaz de terminar sus informes, sus argumentos, sus tesis, que ya no sienta sus ideas tan seguras y aseguradas como antes las sentía. Además, tal como la enfermedad avanza, Simon se va sintiendo cada vez más solo.

Pero no sólo el lenguaje está contaminado. El horror nazi contamina también las artes. La misma música está manchada y la sala de conciertos no puede mantener cerrada la puerta tras la cual la máquina de la muerte funciona a pleno rendimiento. Por eso Jüst, que había sido un violinista aficionado y obsesivo, no sólo no soporta el lenguaje de la racionalidad empresarial, sino que se ha vuelto también incapaz de soportar la música.

Una vez la enfermedad ataca al lenguaje y éste pierde su antigua seguridad, ya no se puede seguir hablando con el automatismo del hábito y de la costumbre, una vez las palabras limpias y neutras dejan de serlo, y se descomponen en su boca como hongos podridos, ya nada los puede mantener a salvo. Y la suciedad se apodera de ellos.

El padre de Mathias Jüst infligía a su hijo una sola palabra, *Arbeit*, que significa trabajo, pero también función, actividad, deber. Pero cuando las palabras ligadas a la función dejan de protegerle, aparece otra palabra, *Schmutz*, que significa suciedad, mancha, mugre, pero también mierda, como la mierda a cuya rápida, cómoda y eficaz limpieza se refiere el epígrafe 4 del informe sobre los camiones. Jüst no puede mantenerse a distancia de la mierda, de ese resto humano del asesinato. Del mismo modo que Simon tampoco puede mantenerse a salvo de esos sueños en los que alguien abre la puerta de la sala de conciertos y ahí, afuera, aparece el montón de cadáveres enmarañados, mezclados con esas palabras neutralizadas y vaciadas de humanidad que los han hecho posibles. Y al final tanto Jüst como Simon se quedan aislados, apartados del corro, en una espantosa soledad. Jüst internado en un sanatorio psiquiátrico y Simon, como él mismo dice, “*en los márgenes del mundo*”, trabajando en un establecimiento para niños autistas.

Problemas y soluciones

Las artes modernas del Gobierno y de la Administración fabrican lo real desde el par problema/solución. Construyen lo social como el lugar de los problemas, y lo político como el lugar de las soluciones. Y así distribuyen los papeles entre la sociedad y la política. Cualquier cosa que pasa en la sociedad, hay que convertirla en un problema que los políticos tienen que resolver, con la ayuda, naturalmente, de los expertos y los funcionarios. La obligación más candente de los políticos, de los expertos y de los funcionarios es, desde luego, resolver los problemas que la sociedad les plantea. Basta abrir los periódicos para encontrar ese lenguaje: el problema de las jubilaciones, el problema del desempleo, el problema de la inseguridad, el problema de la emigración, el problema de la infancia en riesgo social, y la lista es infinita. El ejemplo paradigmático de una gestión racional de lo social es, desde luego, lo que pasó entre la delimitación del “problema judío” y el diseño y la aplicación de la “solución final”. Lo peor es que es imposible sustraerse a ese esquema falaz y perverso. Nos pasamos la vida señalando problemas y pidiendo soluciones. No nos damos cuenta de que, muchas veces,

nosotros mismos somos el problema. Y ahí estamos: completamente atrapados. Y es que esta civilización nuestra es pa' cagarse chico²⁹.

Diccionario del limbo³⁰

Academia. Originariamente, un bosquecillo en el que los filósofos trataban de entender la vida. Hoy en día, una escuela donde algunos imbéciles se pasan la vida tratando de entender a los filósofos. La clase más degradada de esos imbéciles ya no lee a los filósofos y ni siquiera trata de entender nada. Son los nuevos amos, trabajan para el Gobierno, y se llaman a sí mismos expertos e investigadores.

Cínico. Sinvergüenza cuya visión defectuosa le hace ver las cosas como son y no como nos las pintan. Por eso antes de dedicarse a la investigación o a la enseñanza es conveniente arrancarle los ojos.

Conocimiento. Tipo de ignorancia de la que gustan las razas civilizadas y altamente escolarizadas. En nuestra época tecnológica y mercantilizada, a ese tipo de ignorancia se le da el nombre específico de información.

Erudición. En las épocas remotas en las que aún se leía, la erudición era un polvo fino y pegajoso que se levantaba de los libros y que los profesores introducían en los cráneos huecos de los estudiantes. Ahora que no se lee, a ese polvo viscoso lo llamamos información. Sus máximos productores, como sabéis, son los expertos y los investigadores.

Fatiga. Estado de alumnos y profesores después de haber hecho todos los deberes. La fatiga se convierte en mala leche cuando, gracias a las reformas educativas locales, autonómicas, nacionales e internacionales, crece el volumen, la inutilidad y la estupidez de dichos deberes. Por eso la fatiga se extiende, oceánica, desde el parvulario hasta el postgrado e incluso más allá.

Fe. Creencia en que los políticos, los expertos, los policías, los profesores, los periodistas, los investigadores y los funcionarios están ahí para mejorar nuestras vidas. Por eso se dice que la fe es ciega.

Filisteo. Persona que sigue la moda en el pensamiento, el lenguaje, las emociones y los sentimientos. Suele ser próspero, limpio, pijo, educado y casi siempre solemne. Suele hacer carrera como periodista, como político, como experto, como profesor o como funcionario.

La fuerza de lo real

Pero hay algo más en la extraña anomalía de Lord Chandos, una consecuencia quizás inevitable de su apartamiento radical del lenguaje de los deslenguados: una extrema sensibilidad a las manifestaciones de la vida. Cualquier cosa que pasaría normalmente ignorada y desapercibida, que apenas llamaría la aten-

²⁹ Elaborado para el limbo a partir de Jean-Claude MILNER, *Las inclinaciones criminales de la Europa democrática*. Buenos Aires. Manantial, 2007.

³⁰ A partir del *Diccionario del diablo*, de Ambrose BIERCE. Barcelona. Valdemar, 1997.

ción, se le presenta con una fuerza terrible. Un perro al sol o un rastrillo olvidado pueden ser el origen de una revelación. Unas ratas que mueren envenenadas en la bodega de su casa penetran en su espíritu con tal intensidad que siente, no sólo piedad o compasión, sentimientos que todavía lo mantendrían en una cierta relación de exterioridad con ellas, sino una verdadera participación en su agonía y en su muerte. Un escarabajo en una regadera le causa los mayores estremecimientos. No sólo los animales más insignificantes, sino también las cosas más ordinarias *“se elevan hasta mí con una plenitud tal, con una presencia de amor tal, que mis ojos dichosos son incapaces de detectar ningún punto muerto a mi alrededor. (...) y no hay ni una sola entre las materias que lo componen en la que no sea capaz de trasvasarme”*³¹.

Todo está vivo para Lord Chandos y, todavía más, en todo se siente partícipe, como si pudiera compenetrar su propia vida con la vida de todo lo existente, como si todo pudiera entrar en él y él mismo pudiera entrar en todo, confundirse con todo. Como si al abandonar ese lenguaje que cosifica y separa, ese lenguaje que nos hace sujetos en la medida en que convierte en objetos a todo lo que nos rodea, ese lenguaje que sólo nos permite ser nosotros mismos al precio de arrancarnos del mundo, Lord Chandos hubiera perdido esa distancia que protege y asegura, esa distancia que nos da un lugar confortable, un lugar en donde lo real ha sido por fin dominado y domesticado, pero al precio de la indiferencia, de que nada nos toque. Y lo que le ocurre a Lord Chandos es que lo real le ataca, le aborda, le alcanza, le penetra. Y no puede dominarlo de tan presente, de tan vivo. Y nada puede protegerlo del éxtasis, de la caída fuera de sí. Las palabras no le dicen nada, no penetran en su interior, se mantienen ajenas, pero la terrible presencia de lo real le habla con un lenguaje que no es un lenguaje y que le penetra y le pone en contacto con la vida hasta disolverlo en ella.

Experiencia

*“Hacer una experiencia con algo —sea una cosa, un ser humano, un dios— significa que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. Cuando hablamos de ‘hacer’ una experiencia, esto no significa precisamente que nosotros la hagamos acaecer, ‘hacer’ significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida en que nos sometemos a ello”*³².

Caerse al río

J. M. COETZEE termina una de sus novelas con otra carta, la que escribe a Francis BACON Lady Elizabeth, esposa de Lord Chandos, unas semanas después de la de su marido. En esa carta la podredumbre del lenguaje y el éxtasis de la

³¹ Hugo VON HOFMANNSTHAL. *Op. cit.* Págs. 131-132.

³² Martin HEIDEGGER, “La esencia del habla” en *De camino al habla*. Barcelona. Serbal, 1987. Pág. 143.

vida se cuentan con otra alegoría: en un molino en desuso, las palabras son como los tablones bajo los que pasa el agua, los que nos permiten mantenernos en otro nivel, seguro y asegurado, mientras el río ruga y se encrespa bajo nuestros pies. Pero cuando los tablones se pudren, se hunden y se desploman caemos irremediablemente al abismo donde nos mezclamos con miles de otras criaturas en una corriente indiferenciada, móvil y caótica en la que estamos a punto de ahogarnos. Lady Chandos, contagiada del infortunio de su esposo, se pregunta cómo hacer para *“vivir con ratas y perros y escarabajos correteando por mi piel día y noche, ahogándome y boqueando, rascándome, tirando de mí, apremiándome cada vez más...”*³³.

Tal vez sea también eso, que hay un lenguaje que está hecho para que no caigamos, para que nos mantengamos separados, para que podamos permanecer tranquilamente en un lugar a salvo en el que las ratas y los perros y los escarabajos, y la muerte y la desolación y el sinsentido no nos toquen, no tiren de nosotros, no pongan en peligro nuestras pequeñas certezas, nuestras míseras seguridades, nuestros esquemas mediocres, esos que nos dan la vida ordenada, clasificada, simplificada, desactivada, desvitalizada, disecada y, en el fondo, inofensiva.

Por eso la enfermedad de Lord Chandos supone también lo que podríamos llamar ex-posición, otro nombre para la experiencia, para el sujeto de la experiencia. La quiebra del lenguaje implica para él la quiebra de cualquier posición en la que podría mantenerse a salvo, en la que podría hablar y pensar sin peligro, desde la que podría oponerse o imponerse a una realidad separada. Y al perder esa posición, al perder pie, lo real le afecta de una forma terrible, se convierte en una inevitable afección.

Adherido al lenguaje

Además, en la carta Elizabeth entrecomilla constantemente lo que acaba de decir porque adivina que el lenguaje con el que ella, en su carta, como también su marido en la suya, tratan de dar cuenta a Francis BACON de su anomalía y de su desdicha, es un lenguaje inevitablemente alegórico, un lenguaje que les hace decir siempre una cosa en lugar de otra: *“Las palabras se desploman bajo los pies de uno como tablones podridos (“como tablones podridos”, digo otra vez, no puedo evitarlo, no si quiero hacerle entender mi preocupación y la de mi marido: digo “hacerle entender”, pero ¿qué es entender, qué quiere decir?”*³⁴. Porque Lady Chandos sabe muy bien que la experiencia, la experiencia real y viva, eso que José Luis PARDO ha llamado “intimidad”, siempre es otra cosa, siempre está en otro sitio, siempre es algo distinto a lo que decimos o a lo que somos capaces de decir es, de alguna manera, intraducible al lenguaje. Pero eso no significa que no la digamos, que no esté, de alguna manera, en el lenguaje. Lo que ocurre es que la intimidad (la manera singular como Elisabeth vive o siente o experimenta

³³ J. M. COETZEE, “Carta de Elizabeth, Lady Chandos, a Francis Bacon”, epílogo a *Elizabeth Costello*. Barcelona. Debolsillo, 2005. Pág. 233.

³⁴ *Op. cit.* Pág. 232.

esa particular extrañeza que es ella misma) no está en lo explícito o en lo informativo del lenguaje (ahí siempre es otra cosa), aunque eso no significa que sea inefable o incommunicable.

El lenguaje, como dice Pardo, comunica la intimidad en *“una conversación en la que lo importante no es lo que se dice (o lo que se hace al decir) sino lo que se quiere decir, no el poder de las palabras sino su impotencia. Que eso no sea información (ni pueda serlo) no significa que no sea lenguaje; al contrario, eso que no se puede —sino que se quiere— decir es precisamente lo que se comunica implícitamente cuando se habla (...). La conversación íntima es aquella en la que uno participa no para informarse de algo que otro sabe o para hacer algo a otro, sino para oír cómo suena lo que dice otro, para escuchar la música más que la letra, para saborear su lengua”*³⁵. Por eso la experiencia de Lord Chandos (esa a la que deberíamos atender) no está en lo que dice, sino que está como cosida o adherida a lo que dice, como ese secreto que el discurso transmite en sus silencios (no se trata de comprender lo que dice, sino lo que calla en lo que dice) y en sus alusiones (aquello a lo que señala en lo que dice). Por eso *“cada palabra dicha siempre quiere decir más de lo que dice y nunca puede decir todo lo que querría”*³⁶. Pero en eso está, justamente, su fuerza.

De ahí que lo importante no sea tratar de averiguar qué hay detrás de las palabras de Lord Chandos (qué es lo que significan, a qué se refieren, a qué tipo de enfermedad o de experiencia remiten, qué nos están diciendo o de qué nos están informando), sino qué hay delante, hacia dónde se dirigen, de qué manera pueden encarnar en nosotros (que somos carne de palabras, también de palabras podridas), qué es lo que pueden mover o movilizar o incitar o suscitar en nosotros.

Más diccionario³⁷

Impostura. Profesión de los políticos, ciencia de los expertos, opinión de los periodistas y religión de los predicadores.

Independiente. Persona con algún resto de amor propio. En la política, en la religión, y en la universidad, que son actividades corporativas y gregarias, ese es un término claramente despectivo.

Lacayo. En sentido estricto, criado con librea. Aplicar esa palabra a políticos, periodistas, expertos, universitarios y funcionarios es un insulto que los honrados sirvientes no merecen.

Lectura. Conjunto de lo que se lee. Como en la escuela y en la universidad, en lugar de leer, se busca información, la lectura ha ascendido a la categoría de inútil, ha pasado a la clandestinidad, y ya sólo se la practica en el limbo y sus alrededores.

Monólogo. Actividad de una lengua que carece de oídos. Como la de los periodistas, los políticos, los expertos y los funcionarios. Últimamente también se

³⁵ José Luis PARDO, *La intimidad*. Op. cit. Págs. 117-118.

³⁶ Op. cit. Pág. 122.

³⁷ Ver nota 30.

han detectado muchas lenguas sin oídos entre las autoridades académicas de las universidades catalanas.

Necio. Persona que invade todos los dominios de todas las actividades intelectuales y morales. Es omniforme, omnipercetivo, omnisciente y omnipotente. Ya se le vio en los albores de la creación, pero desde entonces no ha dejado de hacer el tonto. Sus más conspicuos representantes en el mundo de hoy son los políticos, los periodistas, los funcionarios y los expertos. Lo peor es que cuando todos nos hayamos retirado a la noche del olvido, él se incorporará y escribirá la historia de la humanidad. Y la escribirá a su imagen y semejanza.

Pasado. Mínima fracción de una parte de la eternidad de la que tenemos un escasísimo conocimiento, aunque nos creemos que lo sabemos todo. Una línea en movimiento perpetuo llamada Presente lo separa de un período imaginario llamado Futuro. En general, el Pasado está oscurecido por la desilusión y el dolor mientras que el Futuro reluce con los colores de la felicidad y la alegría. A esa manera estúpida de pintar el tiempo se le llama progreso y, en la actualidad, es una mercancía de bajo coste que nos venden los políticos, los expertos, los periodistas y los funcionarios para justificar su posición en el mundo. Porque ellos, no lo olvidéis, son los amos.

Afinar el oído

La enfermedad de Lord Chandos es ejemplar porque nos ayuda a sentir (con nuestra lengua) las miserias del presente, las formas con las que en este mundo nuestro se trata de asegurar una salud hecha de estupidez e indiferencia. Lo diré muy brevemente. Se trata, en primer lugar, de todos los dispositivos que nos hacen hablar y leer y escribir en un lenguaje de nadie y que a nadie se dirige: en la lengua de los deslenguados, en la lengua neutra y neutralizada de los que no tienen lengua, en esa lengua en la que es mejor no estar presente en lo que se dice, en lo que se lee, en lo que se escribe, en una lengua reducida a información y a comunicación. Se trata, en segundo lugar, de todos los dispositivos que hacen que sea imposible pararse a pensar en lo que se dice, o en lo que se lee, o en lo que se escribe: los que nos dan una lengua sin atención, sin detención, sin pensamiento, una lengua propia, no de individuos, sino de grupos, de colectivos, de instituciones, de corporaciones, de todos esos lugares en los que sólo se puede hablar como está mandado, la lengua de los políticos, de los expertos, de los periodistas, de los funcionarios, la lengua de la opinión, del saber y del poder. Y se trata, en tercer lugar, de todos los dispositivos que construyen y mantienen los lugares y las posiciones bien seguros y separados, los que hacen imposible la exposición, los que hacen que nada nos afecte, que nada nos pase. Es esa lengua la que nos da asco. Pero no para apelar a una renovación, sino para mantenernos en suspenso, para tratar de mantener el oído fino en una época, como todas, de indignancia.

La inquietud y el desasosiego

El desasosiego es una enfermedad de la identidad que tiene que ver con el alma y con la relación que tenemos con el tiempo. La inquietud, sin embargo,

comienza en el cerebro y mina nuestra relación con el espacio, destruyendo su familiaridad y sus certezas, y convirtiéndolo en asfixiante. Los místicos y los poetas cultivan el desasosiego. Pero la inquietud pertenece, sobre todo, a los niños y a los viajeros. Uno de los síntomas de la inquietud podría llamarse: nostalgia de los espacios abiertos. Cuando eso ocurre, la pregunta esencial no es la inofensiva y narcisista ¿quién soy? sino la turbadora y peligrosa ¿qué hago aquí? Por eso aquí, en el limbo, lo principal no es interrogar lo que somos sino dónde estamos. Y eso para marcharse inmediatamente³⁸.

Respirar

En el *Primer Manifiesto Surrealista*, el de 1924, André BRETON escribe lo siguiente: *"la experiencia está confinada en una jaula, en cuyo interior da vueltas y vueltas sobre sí misma, y de la que cada vez es más difícil hacerla salir..."*³⁹. La sospecha, naturalmente, es que nuestra experiencia de lo educativo sólo se nos da mediada o encasillada o enjaulada por las operaciones de categorización, de tematización, de ordenación, de jerarquización, de abstracción, etc., que constituyen las lógicas de nuestros saberes y de nuestras prácticas. Pero hay algo, sea eso lo que sea, que está fuera de la jaula y no podemos sentirlo, o decirlo, o pensarlo, desde una experiencia enjaulada. Tal vez somos nosotros mismos los que estamos enjaulados junto con nuestra experiencia, y damos vueltas y más vueltas sobre nosotros mismos, sin ningún otro, sin ningún exterior, sin ningún acontecimiento, sin ninguna sorpresa, sin nada distinto a nosotros mismos (o a nuestras proyecciones, o a nuestros deseos, o a lo que ya sabemos, lo que ya pensamos, lo que ya queremos...) que nos toque, o que nos pase, o que nos haga frente. Y a lo mejor nuestras ganas de vivir tienen que ver, a veces, con un deseo de desenjaular la experiencia, de hacerla salir, de abrirla hacia el afuera, con un deseo de desenjaularnos a nosotros mismos. La pregunta es ahora ¿cómo salir de aquí? De lo que se trata es de liberar la experiencia, de hacerla salir de la jaula, de conseguir una forma de libertad, en suma, que tiene que ver con lo exterior, con lo abierto: con lo real que siempre es más y otra cosa, que siempre lo da el otro. Elías CANETTI lo escribe así: *"La palabra libertad sirve para expresar una tensión muy importante, quizás la más importante de todas. Uno quiere siempre marcharse, y cuando el lugar al que uno quiere ir no tiene nombre, cuando es indeterminado y no se ven en él fronteras, lo llamamos libertad"*. Y uno quiere marcharse porque se asfixia, porque el lugar en el que está se le hace irrespirable. Por eso CANETTI añade que *"el origen de la libertad está en la respiración"*⁴⁰.

³⁸ Elaborado para el limbo a partir de una idea de Bruce CHATWIN tomada del libro de entrevistas con Antonio GNOLI, *La nostalgia del espacio*. Barcelona. Seix Barral, 2002.

³⁹ André BRETON, *Manifiestos del surrealismo*. Madrid. Guadarrama, 1969. Pág. 25.

⁴⁰ Elías CANETTI, *La provincia del hombre*. Madrid. Taurus, 1982. Págs. 11-12.

Herido de realidad y en busca de realidad

El lenguaje y la realidad

En la enfermedad de Lord Chandos, el desmoronamiento del lenguaje es correlativo a la presencia terrible y amenazadora de la realidad, de la vida, de la realidad viva. Como si ese lenguaje seguro y asegurado que se nos ha convertido ya en fórmula y en cliché tuviera como función separarnos de lo real, de la vida, y darnos a cambio una realidad disecada, falsificada, inanimada y muerta, reducida también ella a fórmula y a cliché. Tal vez por eso la palabra "realidad" es una de las palabras favoritas de ese entramado de periodistas, políticos, expertos y funcionarios que se dedica a gestionar la vida de los individuos y de las poblaciones. Como si lo real no fuera otra cosa que el objeto del saber y la presa del poder de los dispositivos bio-políticos de gobierno, es decir, como si lo real no fuera otra cosa que aquello que debe ser conocido y gobernado, una proyección de nuestro saber, de nuestro poder y de nuestra voluntad. Pero la realidad que se nos da en la experiencia no tiene nada que ver con eso y deberíamos situar en otro lugar la relación entre lenguaje y realidad.

Hay un aforismo de Peter HANDKE que dice así: *"La transformación se hace necesaria cuando algo que era válido como real deja de ser real; si se consigue la transformación entonces otras cosas serán reales; si ninguna otra cosa se vuelve real, entonces uno sucumbe"*⁴¹. Y un poema de Olvido GARCÍA VALDÉS que dice lo siguiente: *"A veces me acometen crisis de irrealidad; no de identidad, sino de irrealidad; no quién soy, sino si estoy. ¿Dónde vivimos? (El plural acoge a muchos, pero solos). No dónde se nos ve, se nos encuentra, sino dónde nos sentimos vivir"*⁴². Lo importante, entonces, no es la naturaleza de lo real, o el conocimiento, o la gestión, o la transformación de lo real, sino qué significa que algo sea "válido como real". Porque cuando nada es válido como real, entonces es cuando tenemos esa sensación de irrealidad sobre la que escribe Olvido y no sólo no sabemos dónde vivimos, sino que no sabemos siquiera si vivimos puesto que no "nos sentimos vivir", y entonces "sucumbimos", aunque sigamos caminando sobre nuestras piernas, tan campantes. Por eso lo real está relacionado con la vida. Y el sentimiento de irrealidad, ese que hace que uno sucumba o no se sienta vivir cuando ya nada "se vuelve real", está muy ligado al sentimiento de una cierta desvitalización de la vida, a ese sentimiento que nos hace decir que esta vida no es vida, o que la vida está en otra parte. Si eso nos pasa no es porque no estemos vivos, sino porque vivimos una vida desvitalizada, una vida a la que le falta vida. Y lo que buscamos es algo así como la vida de la vida, una vida que esté llena de vida. Si hablamos, entonces, de que necesitamos que algo sea válido como real, eso tiene que ver con la sospecha de que a lo que se nos da como real le falta algo. Como si lo que nos dicen que es, lo que nos dicen que hay, lo que nos dicen que pasa, fuera una especie de realidad sin realidad, una realidad, podríamos decir, des-realizada, como si estuviera echada a perder. Y buscamos

⁴¹ Peter HANDKE, *Fantasías de la repetición*. Santa Cruz de Tenerife. Prames, 2000. Pág. 50.

⁴² Olvido GARCÍA VALDÉS, *Esa polilla que delante de mí revolotea. Poesía Reunida*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2008. Págs. 433-434.

entonces algo así como la realidad de la realidad, ese ingrediente, o esa dimensión, que hace que algo o alguien sea válido como real, que nos dé una cierta sensación de realidad. Por eso, del mismo modo que reclamamos que la vida esté viva, reclamamos también que la realidad sea real, es decir, que tenga la validez, la fuerza, la presencia, la intensidad y el brillo de lo real.

Muros

Dado que el suelo es horizontal, y que la moral del trabajo actualmente imperante nos obliga a adoptar, mucho más de lo que quisiéramos, posiciones verticales, se entenderá que la situación del ser humano en el mundo no es demasiado cómoda. Por eso necesitamos de los muros, para que nos ayuden a mantenernos erguidos. Cuando los muros se cierran sobre sí mismos se convierten en guetos y cárceles de distintas especies como las fábricas, las escuelas, los manicomios, los hospitales, las urbanizaciones de adosados y los diversos tipos de oficinas. Cuando su altura es excesiva, hacen de fronteras, de obstáculos y de barreras. Son muros la metafísica, la ciencia, la moral, la política, la religión, el arte y las formas consensuadas del lenguaje. En general, nos impiden ver al otro lado, traspasar el ámbito de lo conocido, y aprender otras formas de vivir, de pensar y de relacionarnos. Y, lo que es peor, nos hacen olvidar que alguna vez los hemos construido⁴³.

Deseo de realidad

Podemos decir que la pedagogía es ese conjunto de discursos más o menos especializados que sirve para nombrar lo que hay, lo que pasa o lo que nos pasa en una serie de ámbitos vitales o existenciales determinados, los que tienen que ver con la educación. Y fíjense que digo “vitales” y no simplemente “profesionales”. Lo que ocurre es que esos discursos (a lo mejor precisamente porque son profesionales y no vitales o existenciales) raramente sorprenden, o conmueven, o golpean con lo que antes llamaba “la validez, la fuerza, la presencia, la intensidad o el brillo de lo real”. Algo que sí pasa, a veces, con la literatura, las artes, el cine o la filosofía. O al menos con cierta literatura, con ciertas artes, con cierto cine y con cierta filosofía. Como si el escritor, el artista, el cineasta o el filósofo sí que fueran capaces, a veces, de esa relación con lo real en la que lo real está lleno de realidad. Y a lo mejor eso ocurre, precisamente, porque ni el escritor, ni el artista, ni el cineasta ni el filósofo están preocupados por eso que en los discursos pedagógicos se llama “conocimiento de lo real” o “diagnóstico de lo real” (o, al menos, no por un conocimiento del mismo tipo, no por ese tipo de conocimiento, el de la investigación, que tal vez podríamos llamar, provisionalmente, conocimiento objetivante, o conocimiento crítico), ni están preocupados tampoco por eso que en la pedagogía se llama “transformación de lo real” (o, al menos, no

⁴³ Elaborado para el limbo a partir del prólogo del libro de Chantal MAILLARD, *Contra el arte y otras imposturas*. Valencia. Pre-Textos, 2008.

por una transformación de tipo técnico o, incluso, de tipo práctico). Y si lo que yo estoy llamando pedagogía (en una generalización abusiva y sin duda brutal) no es capaz de darnos cosas que sean válidas como reales e, incluso, contribuye a la desrealización de lo real y a la correlativa desvitalización de la vida, a lo mejor habría que empezar a problematizar en serio nuestras formas de mirar, de decir y de pensar lo educativo, nuestras formas, en definitiva, de habitar esos espacios (no sólo de estar en ellos). Y ponernos en el camino de mirar de otro modo (y a lo mejor podemos aprender del cine, y de otras artes de la mirada), de decir de otro modo (aprendiendo, quizá, de la literatura, arte de la palabra), y de pensar de otro modo (aprendiendo aquí de la filosofía, arte del pensamiento). Para que otro modo de mirar, de decir y de pensar nos haga encontrar, tal vez, una realidad que merezca ese nombre y en la cual nos sintamos vivir.

La desrealización de lo real

Lo real no es cosa, sino acontecimiento. La cosificación y la objetivación destruyen lo real, lo echan a perder. Por eso el sujeto de la experiencia no es un sujeto objetivador o cosificador, sino un sujeto abierto que se deja afectar por acontecimientos.

Lo real no es un tema o un problema, sino una cuestión siempre abierta. Un tema exige un desarrollo, un problema exige una solución, pero una cuestión exige, si acaso, una respuesta. Por eso la tematización o la problematización también son mecanismos de devastación de lo real. Y el sujeto de la experiencia no es aquél que tematiza o que problematiza, sino el que pregunta y, sobre todo, el que se pregunta.

Lo real no es representación o identidad, sino presencia. La representación y la identificación son esas operaciones de desdoblamiento o de duplicación por las cuales algo o alguien real, y por tanto singular, incomprensible, inidentificable e irrepresentable se convierte en una especie de doble de sí mismo en tanto que es construido como representante de alguna categoría genérica que no es sino la encarnación de un estereotipo. Por eso los dispositivos de identificación desrealizan lo real. Y por eso el sujeto de la experiencia no es aquél obsesionado por la voluntad de identificar, una voluntad que siempre tiene algo de policial, sino el que trata de estar él mismo presente en la relación que establece con aquello que se le presenta.

Lo real no es lo que debería ser, sino lo que es. Por eso las intenciones sobre lo real (incluso las mejores intenciones) lo echan a perder en tanto que lo construyen a la medida de nuestra voluntad, de nuestros objetivos, de nuestros fines y, en definitiva, de nuestro poder. El sujeto de la experiencia no juzga. Tampoco es el que se pregunta constantemente sobre qué podría hacer para que lo real sea otra cosa que lo que es, para que sea, en definitiva, como a él le gustaría que fuera. No es un sujeto intencional, ni un sujeto jurídico, ni un sujeto crítico, sino un sujeto atento. Etcétera, etcétera, etcétera.

Deseo de lenguaje

Los lenguajes de la experiencia tratan de hacerle justicia a la realidad y a la vida. Puesto que tratan de la experiencia, están heridos de realidad, heridos de vida. Pero también quieren constituir experiencia. Por eso van en busca de la realidad y de la vida. Y eso no quiere decir, desde luego, que tengan que estar acunados en las distintas retóricas del realismo ni que tengan que responder a presupuestos vitalistas. El realismo, en la escritura, está muy desprestigiado. Y los vitalismos, en filosofía, suenan a la primera mitad del siglo pasado. Pero, al mismo tiempo, sólo nos interesan las escrituras que están tocadas de realidad, y los pensamientos que están relacionados con la vida. Con ese algo que pasa o que nos pasa, que no es simplemente una proyección de nosotros mismos, que a veces pesa, y a veces duele, y a veces asombra y maravilla, y siempre sorprende, y a veces es incomprensible, y que a mí me gustaría, al menos aquí y ahora, seguir nombrando con esas viejas y arruinadas palabras sin las cuales la palabra "experiencia" no tiene sentido: la palabra "realidad" y la palabra "vida". Porque sólo es real, "válido como real", lo que está vivo. Y sólo nos sentimos vivir si tenemos un "sentimiento de realidad", es decir, si estamos en contacto con algo que merezca ser llamado "real". Además, hay muchos ámbitos y muchos tipos y muchas dimensiones de la realidad, todas las que constituyen nuestra vida, todas las que nos tocan en lo vivo: lo que vemos, lo que sentimos, lo que hay, lo que inventamos, lo que imaginamos, lo que soñamos, lo que ya no está y echamos de menos, lo que pasa o lo que nos pasa. Y es a eso a lo que tenemos que serle fiel en el modo como lo decimos, lo nombramos, lo representamos o, en general, lo significamos. De lo que se trata, entonces, es de problematizar el modo en el que ponemos juntas las palabras y las cosas, el lenguaje y el mundo, lo inteligible y lo sensible, el sentido y la experiencia. Por eso nuestra forma de situarnos en la relación o en el intersticio entre lo real y el lenguaje es, literalmente, vital. Esa, y no otra, es la cuestión del relato y del ensayo como lenguajes de la experiencia. Lo demás son técnicas de escritura, letanías autojustificativas y banalidades metodológicas⁴⁴.

Vibraciones

Nada quedará de nuestros corazones. Cada una de nuestras partículas retornará a su elemento. Pero nuestras palabras han trazado una estela, han vibrado en el aire, han tocado a otros. Y lo que vibra sigue su camino, empuja, se recarga, se multiplica, crece y sigue. Se transforma. Apenas oído se habrá de trans-

⁴⁴ Sobre el relato y el ensayo como lenguajes de la experiencia pueden verse los textos incluidos en AAVV, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativas y educación*. Barcelona. Laertes, 1995 (2ª edición en Buenos Aires, 2009). También los trabajos que hay en Jorge LARROSA y Carlos SKLIAR (Eds.), *Entre pedagogía y literatura*. Buenos Aires. Miño y Dávila, 2005. Y, por ejemplo, Jorge LARROSA, "El ensayo y la escritura académica" en *Propuesta Educativa*. Nº 26. Buenos Aires, 2003. "La operación ensayo. Sobre el ensayar y el ensayarse en el pensamiento, en la escritura y en la vida" en *Educação e Realidade*. Vol. 29. Nº 1. Porto Alegre (Brasil), 2004. "Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes", en Raquel LAZZARI, Leite BARBOSA (ed.) *Trajetórias e perspectivas da formação de educadores*. São Paulo. Universidade Estadual de São Paulo, 2004.

formar. El destino de la palabra es desintegrarse cuando llega a tocar lo que es más sólido que ella: la carne. Desintegrarse como se desintegra cualquier signo apenas cumple su cometido, esto es, al mostrar aquello a lo que apunta. Pero, de nuevo felizmente, la palabra es más que un signo: es una fuerza viva que se deshace cuando alcanza la materia que ha de darle nueva forma. La palabra se encarna, su destino es encarnarse.

La niña de Barcelona

La historia se sitúa en una mañana de sábado de otoño en la Plaza Virrey Amat de Barcelona. Habíamos dejado a las niñas en la puerta del polideportivo (el partido de baloncesto empezaba una hora más tarde) y un grupo de padres fuimos a tomar un café en una terraza soleada. Al cabo de un rato pasó entre las mesas una niña de pelo negro, lacio y larguísimo, mirada triste, una falda negra que le llegaba a los pies y de unos 12 años (la edad de las nuestras). Estaba pidiendo limosna. El grupo al que yo pertenecía la ignoró completamente, creo que ni siquiera la miramos, y comenzó una extraña conversación. Que si habría que llamar a la policía; que si es la familia la que la explota y esta niña, desde luego, sería mucho más feliz en otro sitio, de aquí a un mes tendrían otra sonrisa; que si le están robando la infancia (porque infancia es lo que tienen nuestras niñas, claro, las que hacen deporte los fines de semana, como tiene que ser); que si se acostumbran a la mendicidad, a vivir de los demás y no aprenden qué es el esfuerzo y el trabajo (porque el esfuerzo y el trabajo, claro, es el de nuestras niñas, las que sí que aprenden a vivir de sí mismas, a ser autónomas que se dice ahora); que si siempre son los niños los que lo pagan (pero pagan ¿qué?); que si menos mal que no había ningún móvil encima de la mesa porque ya se sabe (¿qué querrá decir eso de "ya se sabe"? y, sobre todo, ¿quién lo sabe?) que mientras uno te distrae pidiendo el otro te roba el bolso o el teléfono; que si habría que hacer algo para que estas cosas no pasaran, etc. etc. etc. La conversación me recordó la película *De nens*, de Joaquín Jordá, la que hizo sobre el caso de pederastia del Raval. En esa película, y desde luego en nombre de una infancia a proteger, por amor a los niños, faltaría más, se despliegan todos los aparatos policiales, jurídicos, psicológicos, asistenciales y mediáticos, toda esa batería de expertos que hablan desde la ignorancia aunque, eso sí, desde una ignorancia muy informada, desde luego sin que jamás les tiemble la voz, y tuve la sensación de que ninguno de nosotros había mirado a esa niña que se había deslizado junto a nuestra mesa, incluso de que nadie había pasado por allí, que su paso fugaz y casi imperceptible no había sido otra cosa que un pretexto para el despliegue de nuestras opiniones (de nuestros prejuicios, de nuestra estupidez) sobre qué es un niño y qué habría que hacer con él.

La niña de Londres

Un poco más tarde, cuando todos se levantaron para ir a ver el partido, decidí quedarme un poco más a ver si se me iba el mal humor. Entonces abrí el periódico y lo primero que me saltó a la vista fue una columnita de José Luis PARDO sobre

un libro recién publicado que se titula "Lo que está mal en el mundo". La columna decía así: *"A finales del siglo XIX, la legislación higienista obligaba a las niñas pequeñas —obviamente, sólo a las pobres— a raparse el pelo para luchar contra los piojos que anidaban en los suburbios; parecía una medida sabia, y pocos notaron que lo que estaba mal eran los piojos y los suburbios, y no el pelo, y que por tanto eran los primeros, y no los segundos lo que había que eliminar. Ciertamente, tampoco había muchos que dijeran públicamente que si el cabello de las niñas de los suburbios estaba lleno de piojos es porque vivían, como sus padres y madres, pisoteadas en el polvo por sus tiranos, y que lo que había que cortar eran las cabezas de éstos y no los cabellos de los siervos, aunque esto último fuera más fácil. Entre los pocos que sí eran capaces de decir todas esas cosas está el autor de estos ensayos, que en sus páginas de conclusiones ilustra su posición tomando partido por esa muchacha callejera que pasea sus hermosos rizos ante las ávidas tijeras de los higienistas: 'la pequeña golfilla de pelo rubio dorado, a la que acabo de ver pasar junto a mi casa, no debe ser afeitada, ni lisiada, ni alterada; su pelo no debe ser cortado como el de un convicto; todos los reinos de la tierra deben destruirse y mutilarse para servirla a ella; a su alrededor, la trama social debe oscilar, romperse y caer; los pilares de la sociedad vacilarán y los tejados más antiguos se desplomarán, pero no habrá de dañarse ni un pelo de su cabeza'. Se llamaba G. K. CHESTERTON y el mundo sería bastante peor sin sus libros"*⁴⁵. Aquí tendríamos el segundo cuento, o una segunda niña, un cuento que se sitúa hace más de cien años, en alguna calle de Londres, tal vez también alguna mañana soleada, en que otra niña pasa por la calle, pero en lugar de cruzarse con un grupo de ciudadanos ejemplares, es decir, de imbéciles peligrosos, se cruzó con un escritor.

La niña de Sao Paulo

A mí se me quedaron las dos niñas bailando en la cabeza y, al llegar a casa, busqué una tercera niña, como para que la cosa no quedara demasiado dicotómica. Así que busqué un libro y encontré el tercer cuento, el que tiene lugar en la Avenida Paulista, en Sao Paulo (Brasil), esta vez en primavera, en un atardecer de 1984. Otra niña atraviesa el paisaje, pasa por la calle, y el testigo ahora no es un grupo de papás tan estúpidos como seguros de sí mismos, ni un escritor tal vez cabreado con el mundo, sino un cineasta, uno de esos que ha reinventado el realismo o, mejor, de esos que trabajan en la confluencia y la tensión entre los dos polos del cine: el cine de lo real (el que entiende el mundo como una realidad a desvelar a través de alguna suerte de epifanía, del surgimiento inesperado de alguna especie de verdad) y el cine de la construcción (el que entiende el mundo no como un real a revelar o a descubrir sino como una construcción laberíntica, vertiginosa, siempre con doble o triple fondo, o sin fondo), manteniendo siempre la tensión entre el documental y la ficción, lo real y lo mental, lo concreto y lo abstracto, lo material y lo ideal, lo dado y lo construido, lo físico y lo metafísico.

⁴⁵ José Luis PARDO en *Babelia* (El País), 8/11/2008.

El caso es que Abbas Kiarostami estaba de jurado de un festival de cine, había terminado el trabajo, no tenía nada que hacer, bajó a la calle y una niña le llamó la atención: *"Enciendo un cigarrillo y, a dos metros de mí, veo a una niña que está volcando basuras. Sus senos están despuntando. Usa pantalones verdes y tacones de tres o cuatro centímetros. La niña viste dos camisetas, una encima de la otra (la de debajo ceñida, blanca, sucia; la de encima más grande y todavía más sucia). En el pelo, muy rizado, tiene una pinza exactamente del mismo tono verde que los pantalones. Lleva una bolsa de plástico. Sus gestos son delicados, deliberados. Ansioso, la sigo con la mirada. Anda muy bonito, sin prisa, caminando de una basura a otra"*⁴⁶.

El cineasta la sigue a distancia, la observa y, por razones que él mismo no entiende, se obsesiona con ella: *"Al principio, todo era fácil. Podía desistir, olvidarme. Pero ahora estoy demasiado implicado. Quiero saber si la niña, finalmente, va a encontrar algo que comer. Pero no, no es sólo eso. No hay nada nuevo en el hambre humana. El problema del hambre entre los que no tienen hambre tampoco es novedad. Desde el primer día, en esta ciudad, me topé con un número enorme de hambrientos por las calles. Un número mucho mayor que lo que me habían contado. Pero esa niña en particular tiene alguna cosa que me ha llamado la atención. Me gusta el modo como se viste, su manera de andar, su edad y sus senos minúsculos. Camina con orgullo. Camina de una forma diferente a los otros. Su porte es superior al de los otros hambrientos (...). Su expresión es digna y calmada. Su piel, delicada y saludable. Su rostro no refleja pobreza, ni hambre, ni desesperación. No parece mirar nada, no parece darse cuenta de nada. Está claro que nadie la mira. No hay, en la niña, nada que de hecho llame la atención. Pero es imposible no notarla. Quien la ve dar veinte pasos no puede quedarse indiferente. Yo la hubiese notado, incluso aunque hubiese metido las manos en la basura. Parece una princesa dedicando la tarde a pasear por un inmenso jardín. Camina con un paso un poco más rápido que los que están paseando, es verdad, pero como alguien que quiere perder peso. Pero no está ni gorda ni delgada. Sus formas están perfectamente proporcionadas. Las nalgas, un poco más pronunciadas que la media. Tal vez por la ropa. Tal vez los tacones de tres o cuatro centímetros hagan que las nalgas sobresalgan. Pero no es por eso por lo que la estoy siguiendo. Es posible que una persona con hambre, y en busca de comida, pueda mantener su orgullo. Es posible que una persona pobre pueda tener, por algún azar, unas nalgas hermosas. Yo la sigo por lo que representa. No soy una persona buena, una persona humanitaria, un sentimental. Lo que me lleva a seguirla es la combinación de belleza, orgullo y hambre. Y debe tratarse de una combinación poderosa porque, por regla general, yo desvío los ojos de los pobres. No me gusta que me molesten. Odio ver la pobreza, la fealdad, la enfermedad y la desgracia. No soy responsable del hambre. Me alimento con mi parte (ni más ni menos). Y estoy diciendo todo eso para que usted no piense que soy dado a sentimentalismos. No, nunca. Y si sigo a la niña es porque no tengo nada que hacer, de manera que no hago lo que hago movido por ninguna preocupación humanitaria"*⁴⁷.

⁴⁶ Abbas KIAROSTAMI, "Sobre la mirada (Una buena buena ciudadana)" en Jan MASSCHELEIN y Maarten SIMONS (Eds.), *Mensajes e-ducativos desde tierra de nadie*. Barcelona. Laertes, 2008. Pág. 58.

⁴⁷ Op. cit. Págs. 59-60.

Moraleja

Tres niñas (o la misma niña) pasan por la calle. Los ciudadanos respetables no la miran, pero despliegan en torno a su ausencia lo que ellos saben, lo que ellos opinan, lo que ellos creen que habría que hacer con ella. Mezclan lo policial y lo humanitario (la biopolítica y las buenas intenciones) de una forma parecida a como lo hace el grueso del discurso pedagógico convencional. El escritor cabreado siente que todos los poderes de la tierra, todo el orden social, se tambalea ante su paso desafiante. La niña no confirma el mundo, sino que lo pone en cuestión en su totalidad. El cineasta pone en juego toda su atención para cancelar cualquier proyección emocional o de cualquier otro tipo y conseguir darnos a ver (y a pensar) la belleza lejana e incomprensible, pero radiante, de esa mezcla andante de orgullo y hambre.

Yo no sé si esta historia dice algo de las diferentes formas en que hacemos que algo sea, o no, "válido como real". No sé si dice algo de la experiencia, de lo que nos pasa cuando algo o alguien, una niña, pasa por la calle. No sé si dice algo del "sentirse vivir". No sé si dice algo del lenguaje, o de cierto tipo de lenguaje, ese que nos enseña a mirar, a sentir, que nos vuelve atentos. Pero, a lo mejor, nos permite pensar alguna cosa. O, simplemente, nos hace pensar en otras niñas, en otras cosas que pasan y que nos pasan, y en esa sensación de irrealidad que a veces nos acomete cuando reducimos lo que pasa a una proyección de nosotros mismos o, por decirlo de otro modo, de nuestro saber, de nuestro poder y de nuestra voluntad. No se trata, desde luego, de querer escribir como CHESTERTON o como Kiarostami. Pero no está mal leer al uno o ver las películas del otro, aunque sólo sea para tratar de no ser tan estúpidos como los ciudadanos ejemplares de mi primera historia y los políticos, los expertos, los periodistas y los funcionarios que cultivan y encarnan sus formas estúpidas de sentir, de pensar y de decir.

Sobre el arte de tocar las castañuelas

Otra vez FERLOSIO: *"El más inteligente de los españoles —cuyo nombre, por desventura, no he sabido nunca—, autor de un 'Arte de tocar las castañuelas', empezaba el prólogo de su tratado con esta declaración absolutamente ejemplar y memorable: 'No hace ninguna falta tocar las castañuelas, pero en caso de tocarlas, más vale tocarlas bien que tocarlas mal'. Si esto dijo aquel hombre, acertando a iluminar a la vez la ética y la estética con un mismo y único resplandor de luz, refiriéndose a la declaradamente inútil dedicación de tocar las castañuelas, bien cabe aplicar lo mismo a otras dedicaciones que, en cambio, tienden a ser consideradas, en principio, necesarias"*⁴⁸.

⁴⁸ Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO, "Cultura, ¿para qué?", en *El alma y la vergüenza*. Op. cit. Pág. 320.

Leer y dar a leer

A los pedagogos, decía antes, se nos ha puesto cara, o jeta, de expertos, de políticos, de periodistas y de funcionarios. Por eso el lenguaje dominante en el campo es una mezcla pastosa, pegajosa y totalitaria de las lenguas de todos esos gremios. Además, la mayoría de nosotros vivimos encorralados, como las aves carroñeras, en espacios universitarios, es decir, puestos al servicio del Gobierno y completamente mercantilizados. Por si fuera poco, el imperativo de los dispositivos de la "investigación" y de las constricciones de la "carrera académica" nos obligan a escribir, y a publicar, de una forma completamente absurda, inútil y enloquecida. Escribir (y leer) se han convertido en prácticas espurias y mercenarias encaminadas a la producción de textos orientados, sobre todo, a los comités de evaluación y a los organismos financiadores de proyectos de investigación. Y, como buenos profesores, nos dedicamos a explicar y a adoctrinar cuando hablar desde la experiencia y para la experiencia consiste, exclusivamente, en decirle algo a alguien, como igual, y no como alumno, no como alguien al que hay que explicarle alguna cosa o convencerle de alguna cosa. José Ángel VALENTE lo decía con claridad: *"Escribir es una ventura totalmente personal. No merece juicio. Ni lo pide. Puede engendrar, engendra a veces en otro una volición, una afección, un adentramiento. Otra aventura personal. Eso es todo"*⁴⁹. Entonces, ¿es posible algún tipo de "verdad" en estas condiciones? Incluso la "experiencia" se ha convertido en tema de investigación, en disciplina académica y en motivo de escritura de tesis doctorales. Las formas institucionalizadas de escribir expulsan a los que tienen lengua, a los que piensan lo que dicen y a los que no se acomodan a las formas colectivas y gregarias de trabajo que se nos imponen. No está mal, entonces, insistir, como FERLOSIO, en que no hay ninguna necesidad. Ni de tocar las castañuelas, ni de escribir. Si no somos capaces de hacerlo bien, más vale no hacerlo. Debería bastar con leer. Y, si trabajamos en la universidad, debería bastar con leer y con transmitir lo que hemos leído, que no es poco. Debería bastar con dar a leer⁵⁰. Como en aquellos tiempos remotos en los que aún se estudiaba.

Palabra de poeta

Quizá esa relación entre la lengua y la vida, entre la lengua y la realidad, sólo la custodian ya los poetas o, en general, los que aún son capaces de atender a lo que de poético tiene la lengua, a lo que de inabarcable tiene la vida y a lo que de incomprensible tiene la realidad (cuando está viva y nos toca en lo vivo). He empezado comentando unos versos de MONTALE, de VILARIÑO, de PESSOA. Terminaré

⁴⁹ José Ángel VALENTE, *Notas de un simulador*. Madrid. La Palma, 1997. Pág. 22.

⁵⁰ Ver Jorge LARROSA, "Dar a leer, quizá..." en *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona. Laertes, 2003.

con palabras de Paul CELAN, unas palabras que hacen que este texto que tal vez acabas de leer sea completamente prescindible, esas en las que define al poeta como aquél que *"expuesto en un sentido nunca antes previsto, y por tanto terriblemente al descubierto, va con todo su ser al lenguaje, herido de realidad y en busca de realidad"*⁵¹.

⁵¹ Paul CELAN, "Discurso de Bremen", en *Rosa cúbica. Revista de poesía*. Nº 15-16. Barcelona, 1996. Pág. 50.